

El impulso de nombrar y nombrarse

Gerardo Beorlegui

MORALES, Álvaro. *Nombrar lo creado*, col. Canto de Sátiro, Ediciones Arlequín, Guadalajara, 1996.

Álvaro Morales da voz y se da voz para nombrar y nombrarse. Ambas cosas suponen develar y revelarse en un acto por demás poético: la autoedición, en conjunción con un colectivo de diez creadores, quienes dan salida a sus impulsos literarios por medio de la colección Canto de Sátiro, de Ediciones Arlequín.

El primer libro en la cuenta personal de Álvaro, séptimo de esta colección, está compuesto por tres apartados: la serie que da nombre a la presente publicación; los "Poemas de piel roja", basados en los "Cantos pieles rojas", de una compilación elaborada por Hubert-Conte, y los seis "Animales míticos" (grifo, unicornio, minotauro, arpía, centauro y dragón), que descubren su condición en estas páginas.

Tengo un presentimiento: todas estas líneas son fruto de su ejercicio literario, desde su incorporación en los años ochenta a los talleres que promovió el poeta coculense Elías Nandino; de sus lecturas e incursiones en las obras de César Vallejo, Vicente Huidobro, Ramón Fernández-Larrea y Julio Cortázar; de su irrupción en diarios y revistas de su tierra natal, Guadalajara, y en otras del Distrito Federal, Nicaragua y Cuba; de sus provocaciones al lenguaje y al ritmo; de las detonaciones que se producen al encadenar y confrontar las palabras.

El experimento nuestro de cada día; la disposición al riesgo; los motivos que se embonan para construir un rompecabezas; las rutas que ventila el inconsciente, como la presencia divina, las metáforas de mitos y quimeras, las sentencias revolucionarias, los impulsos amorosos, los dictados de la conciencia, las incertidumbres ecológicas, las provocaciones viscerales, la ironía social, el parafraseo, los aforismos lúdicos. Todos participan en este proceso de expresión iniciático que busca una identidad en la conformación del propio universo creativo.

Nombrar lo creado es un ejercicio de la razón, pero también un reflejo de las pulsaciones de su autor, de los tatuajes que laten en el transcurrir de quien nombra y de lo nombrado.

"Poemas de piel roja" es, por momentos, una percusión verbal. Musicalizaciones desbocadas. Reverberaciones. Plegarias y demandas, como las que tienen efecto en el poema "Cheyenne":

Padre nuestro que estás en los cielos
queremos la justicia en esta tierra,
queremos el amor en esta tierra,
queremos la paz en esta tierra,
queremos la luz en esta tierra,
queremos tu presencia en esta tierra,
queremos esta tierra, en esta tierra.

Los "Animales míticos", junto con los Poemas de piel roja, figuran entre los favoritos de quien esto escribe, por su esencia: concisión y contundencia.

Subsisten en el laberinto de su paradoja. Son por su imposibilidad. Existen a pesar de ellos. El grifo, describe Ivaro:

Se moría de ansias, de miedo, de amor
y comenzó a devorarse.

Con el ánimo de corresponder a este ejemplo de concisión no queda más que dar las gracias por estos nuevos catalizadores. ♦

